

David y Beseleel (léase Carlomagno y Eginardo) conversaban familiarmente con Homero (Angilberto) y con Horacio (Alcuino). La sencillez del entusiasmo que se profesaba allí por las cosas del ingenio hace asomar a veces una sonrisa a los labios, la que desaparece muy pronto ante el sentimiento de respeto que inspira toda pasión noble y sincera.

Carlomagno aspiraba, por otra parte, a algo más que a formar en su corte una pequeña oligarquía de saber y de buen gusto; soñaba con elevar el nivel de todas las inteligencias y en hacer de la instrucción un elemento de civilización. Sabido es que tal era el programa de la Iglesia desde hacía mucho tiempo, pero su realización se había visto contrariada por la barbarie de los tiempos, quizá por no haberse encontrado un hombre capaz de comprenderla; y ahora que había surgido ese hombre, parecía como si no pudiese hallar ya a su alrededor los obreros capaces de llevar a cabo tal empresa. La Iglesia ocultaba algunos en sus claustros y en sus catedrales, pero estaban esparcidos por toda Europa, y no precisamente entre los francos. Fué preciso, por tanto, ponerse en busca de estos raros y preciosos colaboradores, rebuscándolos por todas las provincias del Imperio y reclamándolos a todos los países cristianos. Cada nación proporcionó así a Carlomagno su hombre de letras más distinguido, y el mismo monarca se encargó de hacerle llegar a la plenitud de su valer y de hacer fructificar su talento. Así es como consiguió reunir alrededor de su persona a una pléyade de hombres eminentes, en la que estaban representados todos los países. Italia le dió a Pedro de Pisa y a Pablo el Diácono; Irlanda a Clemente, Dumgalo y Dicuil; Septimania a Teodulfo; Baviera a Leidrado y Arno; Inglaterra, en fin, a Alcuino, que fué la cabeza del movimiento intelectual de su época, y al que se puede llamar sin exageración el preceptor del pueblo franco.

Conviene bosquejar aquí la figura dulce y pensativa de aquel anglosajón que ocupó dignamente su lugar en la escena de aquel siglo junto al hombre omnipotente, de quien fué el auxiliar más precioso. Alcuino nos ofrece en su persona el tipo más prominente del profesor eclesiástico para quien la enseñanza forma parte del sacerdocio. Compatriota y contemporáneo de San Bonifacio, acabó el trabajo empezado por éste acerca de los francos, y las predicaciones del apóstol encontraron como un último eco en las lecciones del sabio. Como San Bonifacio, Alcuino aportaba al continente las grandes tradiciones romanas que Inglaterra recibiera directamente de sus primeros evangelizadores, y cuyas corrientes había reanimado

Teodoro de Tarso en el siglo VII. Todo el tesoro de la ciencia antigua pasó así a manos de los francos por medio del maestro anglosajón. Alcuino fué primero el preceptor del mismo Carlomagno, de sus hijos y de sus hijas, y dirigió los estudios de los magnates de la corte; más tarde, retirado del mundo, continuó su fructuoso apostolado cerca de los monjes de su abadía, y cuando, hacia el fin de su vida, hubo dejado la carga abacial, continuó conservando la dirección de su escuela monástica, y puede decirse que murió enseñando.

Este espíritu distinguido tenía las condiciones necesarias para llegar a ser el instrumento apropiado de un hombre de genio. No brillaba por las facultades creadoras ni por la originalidad de las concepciones, pero era el guardián asiduo de los buenos métodos, el dispensador celoso del saber de las generaciones anteriores y el centinela vigilante de la ortodoxia religiosa y científica. Su misión consistió en mantener los espíritus de su tiempo al nivel de los siglos pasados, reanudando el hilo de la tradición literaria y llevándolos al estudio de las dos antigüedades. Sus libros, que tienen, como su vida entera, un carácter profundamente didáctico, nos permiten conocerle más de cerca y comprobar los lazos de filiación que le ligan a los grandes maestros de la cultura cristiana, al venerable Beda, a San Isidoro de Sevilla, a Boecio y a Casiodoro. Su método, que era en parte el de éstos, pero modificado y apropiado al genio de sus compatriotas, es a la vez vivo y sugerente. Tiene predilección por la forma de diálogo, en el que participan maestros y discípulos. Procede por preguntas ingeniosas, propuestas a menudo bajo forma de enigmas, y en las cuales la curiosidad de sus alumnos tiene que recorrer el ciclo entero de la creación; después condensa sus definiciones en metáforas que hieren vivamente el espíritu y que le provocan al trabajo del pensamiento. El beneficio de esta enseñanza consistía menos en lo que enseñaba a sus discípulos que en el deseo que les inspiraba de aprender todavía más.

Alcuino era un carácter noble y desinteresado, un corazón abierto a todos los sentimientos generosos; lleno de amenidad en sus maneras, fiel a toda prueba en la amistad, y sin hiel para sus enemigos, sabía hacer amable la ciencia y hacía recaer sobre ella todas las simpatías que despertaba su persona. Este hombre de letras era también un hombre de sociedad, pues no afectaba austeridad hosca, y en ocasiones sabía desplegar la jovialidad de una naturaleza sencilla y cordial. Sin embargo, las distracciones, a menudo frívolas, de la corte acabaron por herir su profundo sentimiento religioso, que era el alma de su vida, y, para dedicarse más libremente al cuidado

de su salvación eterna, se retiró bastante pronto a la soledad del claustro.

Esto no fué óbice para que, aun desde el fondo de su celda, continuara interesándose por los negocios públicos, mediante la correspondencia continua con sus amigos, y dándoles lecciones o consejos, pues ya hemos visto que no temía hablar con firmeza al propio Carlomagno. Pero, a medida que sus años avanzaban, el ascetismo prevalecía en su alma cada vez más sobre el encanto de las letras. Los salmos le apartaron, por fin, de Virgilio, y se oye a este patrocinador del renacimiento literario hablar a Richbodo de Tréveris como San Gregorio el Magno hablaba a Desiderio de Viena¹. El cristianismo había reconquistado por entero un espíritu que por tan largo tiempo se había compartido entre los libros sagrados y las letras paganas; tal es desde San Jerónimo la suerte de todos los grandes humanistas cristianos.

Si se quisiera estudiar de cerca la carrera de los demás hombres de letras agrupados en torno a Carlomagno y Alcuino, se la vería mezclada hasta en su vida privada con los más grandes intereses públicos. No es indiferente a la historia de la civilización el saber en dónde terminaron su carrera esos hombres distinguidos que en ciertos momentos formaron alrededor del príncipe franco una pléyade tan brillante; en todas partes a donde iban propagaban el espíritu literario y creaban nuevos focos de estudios. Por esta razón, Carlomagno, que pensaba en todo, no los tenía sino poco tiempo al lado de su persona, y los dispersaba luego por todas las provincias del Imperio, prefiriendo prescindir del encanto de su compañía antes que privar a su pueblo de los servicios que podían prestarle. Así fué como el progreso intelectual se acentuó en todas partes a la vez, desarrollándose paralelamente en las diversas provincias.

Hay que ligar a esta época el origen de las brillantes escuelas que arrojaron un brillo tan vivo en el siglo x: Orleáns, en donde enseñó Teodulfo; Lyon, que dirigieron Leidrado y Agobardo; Salzburgo, en donde brilló Arno, el amigo predilecto de Alcuino; Lieja, en donde la influencia del príncipe se ejercía de manera directa; Fulda, en pleno suelo anglosajón, y muchas otras. El movimiento impreso por estas escuelas a la cultura literaria no debía paralizarse, y ellas mismas no palidieron más que en el siglo xii, al aparecer las Universidades, las que abrieron nuevos horizontes al vuelo del genio humano.

¹ *Alcuin., Epist.*, 216.

La Iglesia no tuvo que arrepentirse de haber puesto la parte más escogida de sus milicias a disposición del príncipe para su obra civilizadora, a la que correspondió él, en cambio, tomando bajo su patrocinio el enérgico trabajo de reforma que ella llevaba a cabo dentro de sí misma. Dos personajes distinguidos por su santidad, San Crodegango de Metz y San Benito de Aniana, habían unido su nombre, el uno a la regeneración del clero secular, y el otro a la del orden monástico. Carlomagno se hizo propagador ardiente de esta doble reforma; la preconizó en multitud de artículos de sus leyes, y, entre las recomendaciones que hacía a sus comisarios, no dejó de poner en primer lugar la de que velasen para que el clero observase fielmente las prescripciones canónicas. Él mismo, con una insistencia que no temía hacerse monótona, no se cansaba de inculcar a los sacerdotes de todo grado la indispensable necesidad de estudiar tanto las letras sagradas como las profanas; aquéllas porque eran el alimento de la piedad, éstas porque ayudaban a comprender aquéllas. Prodigaba las circulares a los obispos y a los abades, reprendiendo la negligencia de los unos y alabando el celo de los otros, burlándose con gracia cáustica de la ignorancia de éstos y ponderando a aquéllos el encanto del estudio; así distribuía exhortaciones y alientos, y, si era preciso, amenazas¹.

Hizo más: se encargó en persona de enriquecer la biblioteca de gran número de iglesias, entre las que repartió generosamente manuscritos que previamente había hecho corregir con el mayor cuidado por los sabios más afamados, que trabajaban a la vista suya². De estas liberalidades del monarca surgía doble provecho para la civilización, pues no sólo ayudaban a esparcir a lo lejos el conocimiento de los monumentos literarios, sino que, poniendo en circulación textos correctos, hacían desaparecer en la sombra las bárbaras copias de la época merovingia. Hasta en su testamento dejó Carlomagno las huellas de esta conmovedora solicitud por la difusión de las producciones del pensamiento humano: mientras distribuía gratuitamente sus riquezas, quiso que su hermosa colección de libros fuese puesta en venta, para permitir, al parecer, que llegasen sus ejemplares a mayor número de aficionados.

La enseñanza popular no fué olvidada, aunque en ella parecía estar todo por hacer. Después de la desaparición de las escuelas municipales, no existían ya otros focos de instrucción que las escuelas de las catedrales y de los monasterios. Pero estas escuelas, poco nu-

¹ *Epistolae Carolinae*, 3, 16 y 25 136 (Jaffé).

² *Capitul.*, XXX, Cfr. *ALCUIN., Epist.*, (Jaffé).

merosas y diseminadas en vastas regiones, no ejercían más que una influencia restringida en la vida intelectual de la nación; desempeñaban el oficio de seminarios para el clero y de noviciados para los monjes, pero de ellas salían muy pocos seglares. Ya hacía mucho tiempo que la Iglesia se había preocupado de esta situación y que, adelantándose a su época, había concebido la idea de una enseñanza universal, como ella misma, representada en cada población por una escuela abierta a todos los niños. Dos siglos y medio antes de Carlomagno, el concilio de Vaison (año 529) recomendaba a los sacerdotes de las parroquias que tuviesen a su alrededor, como se hacía en Italia, jóvenes a quienes enseñaran las letras sagradas para poder formar sucesores suyos, sin imponerles, empero, la obligación de entrar en el estado sacerdotal, si no tenían tal vocación¹. También aquí Carlomagno unió sus esfuerzos a los de la Iglesia, repitiendo, como el concilio citado: *Ut scholae legentium puerorum fiant*², y trazando el programa de estas escuelas elementales.

Se enseñaba en ellas no sólo a leer y escribir, pues estos dos conocimientos no serían más que marcos vacíos; por lo que se estudiaban también los salmos, se cultivaba el canto religioso y se aprendía el cómputo eclesiástico y la gramática. Y no se trataba exclusivamente de niños dedicados al estado eclesiástico, pues el concilio de Vaison no había excluido a los otros; pero el siglo VIII fué más lejos al pretender que hubiera una escuela en cada población y que tal escuela fuese gratuita. La memorable carta pastoral dada en el 797 por Teodulfo, obispo de Orleáns, procede directamente de la inspiración que había dictado el canon del año 529. Hay que prestar oído a aquella palabra episcopal, en la cual parece que se escuchan, con el eco, ya lejano, de los concilios, los acentos de la poderosa voz del Emperador, que vienen a reforzar la voz paternal del prelado repitiendo:

“Que los sacerdotes de las ciudades y de los pueblos tengan escuelas; y si algún fiel quiere confiarles sus hijos para que les enseñen las letras, que no rehusen recibirlos y enseñarles; antes al contrario, que pongan el mayor cariño en instruirles, acordándose de aquellas palabras divinas que dicen: *Los que hayan sido adoctrinados brillarán como el resplandor del firmamento, y aquellos que hayan instruido a muchos en las vías de la justicia resplandecerán como estrellas en toda la eternidad.* (Dan., XII, 3). Para el desempeño de este trabajo no pedirán salario ni lo aceptarán, excepto lo

¹ SIRMOND, *Concil. Gall.*, I, pág. 226. ² *Capitul.*, XXII, c. 72.

que los padres tengan a bien ofrecerles espontáneamente como prueba de gratitud”¹.

De este modo, mientras en la cúspide de la sociedad florecía el renacimiento literario, encarnado en aquel grupo de sabios que se reunía en torno a Carlomagno, por otra parte, penetrando hasta las capas más profundas del pueblo, se arrojaban en ellas los gérmenes de una cultura en la que estaba llamada a tomar parte toda la nación. Difícil es decir cuál fué el alcance de su influencia en las dos direcciones en que se ejerció, faltándonos los medios de información sobre lo que sucedía entonces en la vida intelectual de las clases populares. Bastará hacer constar que, a partir del reinado de Carlomagno, hay hasta en las filas inferiores del clero un número considerable de hombres distinguidos. Ahora bien, siendo el clero esencialmente un cuerpo docente —y hasta el único cuerpo docente de la nación—, se aprovechaba ésta de todo lo que él ganaba en cultura.

En cuanto a las clases directivas, tal renacimiento determinó en su seno un movimiento considerable. No sólo reanimó el gusto por las letras, sino que hizo nacer una verdadera literatura. Los raros y humildes hagiógrafos anónimos de la época merovingia tuvieron como herederos una pléyade de literatos cuyos nombres no debemos olvidar y cuyas obras merecen ser leídas. El rasgo característico de la nueva literatura es el no estar ya confinada, como fugitiva, en los monasterios y en las filas del clero, sino que —cosa rara y casi desconocida desde la caída del Imperio romano— se encuentran escritores seglares, y guerreros que manejan la pluma con la misma facilidad que la espada. Es la prueba más decisiva del progreso del espíritu público.

Por lo demás, la superioridad de las obras de esta época sobre las de las edades precedentes es tan notable, que el ojo ejercitado no se engaña en ello nunca. Desde el primer momento se reconoce un escrito del tiempo de Carlomagno por la corrección del lenguaje, por la relativa elegancia del estilo, por las reminiscencias familiares de los autores clásicos y aun por la belleza del manuscrito, que contrasta de manera tan sorprendente con la horrible deformación de caracteres que se nota en la escritura del período precedente. Para apreciar el contraste en toda su extensión, basta comparar los escritos de Alcuino y de Eginardo, tan claros y tan límpidos, y aun tan elegantes a veces, con las informes vidas de santos que nos dejó la época merovingia, obras tan bárbaras, que el siglo IX ya no podía

¹ SIRMOND, *Concil. Gall.*, II, pág. 210.

soportar su lectura y las hacía revisar por estilistas ejercitados antes de volver a ponerlas en circulación.

El mismo progreso se manifiesta en todas las obras literarias de entonces; los analistas, más nutridos, toman a intervalos el tono del historiador; los poetas saben el ritmo, y se lanzan atrevidamente a los géneros más diversos, sin retroceder ni aun ante la epopeya; las ciencias naturales y morales encuentran investigadores que se atreven a abordar tales problemas; en una palabra, en todas las ramas del saber se ve aparecer alguna flor, o, por lo menos, algún capullo.

Sin embargo, hay que confesar que este trabajo intelectual no deja de presentar ciertos aspectos poco agradables. Al lado de un amor sincero por lo bello se nota una desconsoladora impotencia para reproducirlo, y el vuelo del espíritu se ve a menudo rendido por la torpeza de la mano. La erudición juega en las letras carolingias un papel más considerable que la inspiración, y es cierto que los escritores compilan mucho más que componen. Los monumentos más considerables de la literatura y del arte de esta época no son, en suma, más que calcos de obras antiguas. Suetonio es quien ha dado a Eginardo el cuadro de la vida de Carlomagno, y sabido es que el plano, y aun los materiales, de la basílica de Aix-la-Chapelle fueron tomados de los edificios de Rávena.

Es que no podía ser de otra manera, tratándose, como se trataba, de una generación que tenía que aprenderlo todo y que, sentada aún en los bancos de la escuela, había de limitarse a repetir las lecciones de sus maestros. Sería injusto fundarse en la semejanza de estilo y tono entre las obras de entonces y las últimas producciones del genio latino, para sacar la conclusión de que la literatura carolingia es una literatura de decadencia; lo que en verdad ocurría es que no podía elegir otros modelos, ya que toda su educación literaria procedió de los retóricos de la época imperial. Por lo demás, bajo las formas secas con que le enseñaron a envolver su pensamiento, se adivina el poderoso aleteo de un espíritu nuevo, que acabará un día por romper sus cadenas y levantar el vuelo.

Este espíritu joven y entusiasta no ha bajado al sepulcro de la Antigüedad para enterrarse con ella, sino para exhumar los tesoros que encuentra allí escondidos. En su lucha tenaz para conquistar los frutos preciosos de la ciencia hay que admirar hasta qué punto la sociedad carolingia conserva la conciencia de sí misma y el sentimiento de su verdadera misión. Discípulo inteligente de los hombres de letras de otro tiempo, no les pidió sino que le enseñasen a manejar un instrumento de cultura, pero no se paganizó siguiéndoles ni se forjó

ilusiones acerca de aquellos presuntos valores morales. El siglo de Carlomagno no conoció el vértigo que había de apoderarse de la débil cabeza de los humanistas del siglo xvi, que les impulsó a hacer de la Antigüedad un ídolo, al cual sacrificaron el alma y el genio del mundo moderno; sirvióse de ella: no la sirvió; y, mientras se limitaba a tomarle las formas y los colores, iba a beber su inspiración en las letras sagradas, cuyo estudio, combinado prudentemente con el de la literatura profana, era como el antídoto de las influencias ponzoñosas de ésta. Cualquiera que fuese el ardor de su culto hacia las formas estéticas del mundo antiguo, permaneció fiel a su sangre y a su educación, y conservó intactos los rasgos distintivos de su carácter nacional y cristiano.

Así, al mismo tiempo que apreciaba la importancia social de la lengua latina en esta época y que trabajaba con celo en propagar su conocimiento, Carlomagno no perdió de vista el idioma nacional de los francos; había adivinado el gran porvenir de una lengua que estaba entonces en la infancia, y adoptó medidas excelentes para facilitar su desarrollo. Depuró su vocabulario, elaboró su gramática, recogió sus giros tradicionales, y su nombre brilla con esplendor incomparable en el frontispicio de la historia de las letras alemanas. Cuando este hijo de bárbaros hacía reunir piadosamente los cantos populares de su nación, formando una colección cuya pérdida deplora el mundo, no podía prever que, mil años después de él, el fundador de la monarquía prusiana había de tratar con el desprecio más ofensivo los venerables monumentos de la poesía nacional descubiertos por sus contemporáneos: "Dais demasiada importancia a esas antiguallas, escribía Federico II al primer editor del poema *Los Nibelungos*. A mi parecer, no valen una carga de pólvora ni merecen ser sacadas del polvo del olvido; no sufriré semejante mamotreto en mi biblioteca, y, si lo encontrase en ella, lo tiraría por la ventana"¹.

En resumen, por cualquier lado que se mire a la sociedad del siglo ix, se ve que se desprende victoriosamente del caos primitivo para inaugurar la era de la civilización. Ya no es éste el mundo merovingio, lleno de clamores discordantes y oscurecido por el espeso humo que exhalaba la conflagración universal, sino que es como una nueva creación en la que reina una atmósfera más luminosa y más pura, y en la que la conformidad de las fuerzas sociales produce un orden que deleita a la vez la vista y el espíritu. En este ambiente

¹ Carta del 22 de febrero de 1784 a *Geschichte der deutschen Philologie*, Ch. H. Mueller, citada por RAUMER, pág. 261.